

# La Inmaculada Concepción de la Virgen María

---

8/12/2012

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Queridos hermanos,

Con esta fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, Dios nos trae la alegría y la belleza de una vida sin pecado.

La primera lectura es un fragmento, sólo un fragmento, del relato del pecado original. Y es que la atención no se pone en lo que es y lo que significa el pecado como tal, de ser así se leería el relato completo. El fragmento de hoy sencillamente nos da noticia de que el pecado se ha producido y de una de sus más terribles consecuencias: se apodera de la mente del hombre la idea de que Dios no lo ama y de que su pobreza, la pobreza del hombre, lo hace despreciable delante de Dios y así atemorizado se esconde y se aleja de Dios: **“Me dio miedo –dice Adán– porque estaba desnudo y me escondí”**. El pecado original tiene otras muchas consecuencias, a cual más terrible. Pero aquí todas ellas se resumen en este engaño en el que cae el hombre: hacerse una falsa imagen de Dios, temerlo y esconderse y alejarse de él. Aunque para entender la fiesta que celebramos hay que recordar que la doctrina de la Iglesia Católica enseña que estas consecuencias del primer pecado, del pecado original, alcanzan a todos los hombres y que todos venimos a este mundo marcados y manchados por este pecado y por sus consecuencias, aunque no seamos culpables de él. Todos menos María.

Otro de los elementos que pone de manifiesto el fragmento que hemos escuchado es que el hombre tiene un enemigo mortal y poderoso, el diablo, que desde el principio busca su destrucción. En efecto, el pecado de Adán y Eva es ciertamente pecado, un acto libre de desconfianza hacia Dios, de desobediencia y de orgullo, pero es el acto de quienes son engañados por otro, no nace espontáneamente de ellos y cuando desobedecen no son conscientes totalmente de lo que están haciendo y, mucho menos de las consecuencias que tendrá su pecado. Sin embargo el pecado del diablo no es el de quien es engañado, sino de aquel que engaña y sabe perfectamente lo que busca. Él busca destruir al hombre, para destruirlo tiene que separarlo de Dios y por ello lo engaña con mentira para que desobedezca. Lo cierto es que tras todo esto se dibuja con claridad la idea de que existe un ser libre e inteligente, poderoso, que es el diablo, y que busca la destrucción del hombre. Este hecho no sólo se ve en el libro del Génesis, prácticamente sería imposible entender una sola página del Evangelio sin

afirmar la existencia de este ser personal y real que hace la guerra al hombre desde el inicio.

Y el tercer elemento que se pone de manifiesto en el fragmento leído es que esta guerra será ganada por el hombre. El viejo texto del libro del Génesis da una imagen absolutamente positiva del hombre y de su futuro. A pesar de que las huellas del pecado están por todas partes y de que las consecuencias del pecado nos abruman con su peso, así la enfermedad, así las guerras, así las injusticias de todo tipo, así el hambre y tantos otros sufrimientos que se derivan del pecado, el libro del Génesis afirma la victoria del hombre. Sería ingenuo pensar que el hombre pudiera hacer frente a la fuerza del pecado y vencerlo, si estuviese sólo, abandonado a sí mismo. Pero en el libro del Génesis la victoria del hombre es una promesa de Dios. Porque a pesar del pecado, Dios no ha dejado al hombre. Es una victoria guiada por el mismo Dios. Porque desde el mismo instante en que el hombre peca, Dios comienza la obra de la redención humana, la obra del perdón y de la salvación. Esta obra de la salvación es, por tanto, una obra de Dios pero es una obra que culminará un hombre, uno nacido de mujer, de la estirpe de la mujer. Por eso dice Dios a la serpiente: **“Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya; ella te herirá la cabeza cuando tu la hieras en el talón”**.

Todos sabemos que la obra de la salvación se culmina en la persona de Jesucristo, nacido de María, nacido de mujer, Dios verdadero que se ha hecho hombre verdadero, para vencer al diablo como hombre. Y que así como Adán trajo la destrucción con su pecado, Cristo como un nuevo Adán trajo la salvación con su obediencia y su amor hasta la muerte. Y si Eva ofreció a la humanidad el pecado y con él todas sus consecuencias, María nos dio a Jesucristo, aquel que vence por nosotros y nos trae la vida, la vida divina, la vida eterna de Dios.

Ahora, ¿qué es exactamente el contenido de la fiesta que celebramos de la Inmaculada Concepción de María? –Que María, la que había de ser la Madre del Salvador, por los méritos futuros de su Hijo fue preservada del pecado original y de las consecuencias que sobre la naturaleza humana ejerce el pecado y que así, fue concebida sin mancha de pecado, purísima, sin que el pecado pudiese tocarla ni mancharla. La doctrina católica enseña que este hecho tiene una finalidad precisa: hacer que María, liberada de la esclavitud del pecado, sea totalmente libre ante Dios y pueda deshacer lo que hizo Eva; y, al tiempo, preparar al Hijo que debía hacerse hombre una digna morada, no sólo por lo que respecta al cuerpo, sino también por lo que respecta al espíritu.

El pasaje que hemos escuchado en el Evangelio, el relato de la anunciación, expresa la confianza y la obediencia y la humildad de María con respecto a Dios, justamente lo contrario que se había dado en el pecado original. Este momento de la vida de María es sólo uno de los momentos en los que María dio su “Sí” a Dios, porque

toda la vida de María es un “Sí” a Dios: “Sí”, cuando no entendía lo que hacía su Hijo; “Sí”, cuando veía que su hijo era perseguido; “Sí”, cuando su Hijo fue elevado en la cruz. Pero en este primer “Sí” de María a Dios, en este acto suyo de confianza, de fe, de obediencia y de humildad, están contenidos todos los demás actos de fe que vendrán después, hasta el momento final de la cruz. En este “Sí” está contenida toda la vida de María que se desarrollará como un acto de obediencia a Dios.

Y este es el centro de la fiesta de hoy. El relato del pecado no se muestra completo, pero sí se muestra completo el relato de la Anunciación, este acto de María que en Diálogo con el ángel –en el fondo, en diálogo con Dios– da paso al Salvador de los hombres. María no se esconde de la presencia de Dios, no tiene la idea distorsionada de Dios, entra en diálogo con él para obedecer y nos engendra con su fe y con su obediencia al Salvador. María nos muestra así la belleza de la bondad, la belleza de una vida sin pecado, más aún la belleza de la virtud, que se expresa en este título de la Inmaculada.

Dios hizo con ella un milagro, que no era sino una aplicación de los méritos de su Hijo y de la victoria que con la cruz y la resurrección su Hijo lograría. Pero con ese milagro se dejó en manos de María, en manos de su libertad, en manos de su humildad, de su obediencia, de su confianza en Dios, la obra de nuestra salvación. Ella es la mujer que pisa la cabeza del diablo. El diablo se revuelve para morder su talón, para morder a su Hijo, y logra llevarlo a la cruz, sin saber que en la cruz su poder será destruido definitivamente.

Nosotros hoy seguimos experimentando el poder del pecado y sus terribles consecuencias, en nuestro corazón, en nuestros propios miembros, en la fuerza con que el mal se sugiere al hombre, en la atracción engañosa con la que se presenta y en tantas terribles consecuencias de todo tipo. Pero en medio de esta experiencia sabemos que su poder ha sido ya vencido por el nacido de María y preparamos la fiesta de su nacimiento en este adviento para apropiarnos poco a poco de esta victoria ya realizada, para hacerla nuestra. Y en medio de esta preparación, la celebración de la Inmaculada Concepción de la Virgen María es un regalo de Dios: Dios nos concede celebrar la fiesta de aquella que está sin pecado. Dios nos da en María la belleza y la alegría de una vida sin pecado. ¿Para qué?

Primero, para darnos descanso y ánimo en medio de nuestra lucha personal contra el pecado.

Segundo, para que continuemos esta lucha contra el pecado, que es una lucha por la obediencia a Dios, por la confianza en Dios, por la humildad delante de él, por el amor a él. Esto se ha llamado siempre en la Iglesia el camino de la santidad –del que hablaba san Pablo–.

Para que, si nos hemos cansado en esta lucha y nos hemos apartado faltos de ánimo, perdida la esperanza de vencer, volvamos a la lucha, volvamos a retomar el camino ya emprendido de la santidad.

Para que, en caso de que no hayamos empezado esta lucha, la demos comienzo, atraídos por la belleza de esta vida sin pecado que hoy se nos propone. Con palabras que solía repetir san Felipe: “¿Cuándo vamos a empezar a ser buenos?”.

Tenemos con nosotros a la Inmaculada, a la Purísima, a la que destruye el poder de nuestro enemigo, a la que nos da a Cristo, nuestro Salvador. Ella no es un título, no es un símbolo ideal, ni un arquetipo lejano. Ella es nuestra madre, la madre de la Iglesia, la madre de la Gracia, acudamos a su intercesión para alcanzar gracia y fuerza para luchar contra el pecado, para luchar por obedecer a Dios, por fiarnos de él, por amarlo. La belleza de María, de su pureza, y la alegría de su santidad aligeran nuestro camino y nos muestran lo deseable que es nuestra propia santidad.

Alabado sea Jesucristo y alabada sea su Purísima Madre.